

ALDEA  
LITERARIA

# Escape a la libertad

MICHAEL MORPURGO



**ALDEA  
LITERARIA**

**Escape a la  
libertad**

MICHAEL MORPURGO



Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Evelia Romano

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Dinamo

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Morpurgo, Michael

Escape a la libertad . - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2014.

192 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria)

Traducido por: Evelia Romano

ISBN 978-950-753-396-9

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Romano, Evelia, trad. II. Título  
CDD 823

Título original: *Running Wild*

© Michael Morpurgo, 2009

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2014

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-396-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# Escape a la libertad

MICHAEL MORPURGO



## capítulo 1 Un repentino cambio de idea

El mar murmuraba sobre la playa. Debajo de mí, el elefante caminaba sobre la arena blanda y muda. Cuanto más nos alejábamos del hotel por la playa, cuanto más distante el bullicio de los bañistas en el mar, tanto más silencioso se volvía todo. Me encantaba el balanceo gentil del paseo. Cerré los ojos y respiré la paz que me rodeaba. Estaba a millones de millas<sup>1</sup> de todo lo que había sucedido, de todo lo que me había traído hasta aquí.

Fue entonces, mientras montaba el elefante, meciéndome en el sol, que recordé el chiste que contaba papá. Generalmente, no recuerdo los chistes, pero siempre me acordaba de este, tal vez porque papá lo contaba tan a menudo. Lo sabía palabra por palabra, tal como él lo contaba.

—¿Conoces, Will, el del elefante y las bananas? —y se largaba a contarlo, sin esperar respuesta—. Un hombre y un niño estaban sentados uno frente al otro en un vagón de tren. Iban viajando entre Salisbury y Londres. El hombre llevaba sobre su regazo una enorme bolsa de papel llena de bananas. Enseguida, el niño notó que ocurría algo muy extraño.

---

<sup>1</sup> Medida de longitud que pertenece al sistema de medidas inglés. Se usa en muy pocos países del mundo en lugar del sistema métrico, como Estados Unidos y el Reino Unido. Equivale a un poco más de un kilómetro y medio (1,609 kilómetros).

El hombre no estaba comiendo las bananas. En cambio, a cada rato, simplemente se paraba, abría la ventanilla y arrojaba una banana. Por supuesto, el niño no podía entender por qué hacía esto. Trató de adivinarlo, pero al final tuvo que preguntar.

—Discúlpeme —dijo—, pero ¿podría decirme por qué tira todas esas bananas por la ventanilla?

—Para mantener alejados a los elefantes —respondió el hombre—. Los elefantes son muy peligrosos, para que sepas.

—Pero si no hay elefantes por aquí —dijo el niño.

—Claro que no hay —le contestó el hombre, arrojando otra banana por la ventanilla—. Pero eso es solo por mis bananas. Si no hiciera esto, habría cientos de ellos ahí afuera, chiquicientos. Y los elefantes son muy peligrosos, para que sepas.

Adoraba ese chiste, sobre todo porque cuando papá lo contaba, siempre empezaba a reírse antes de que pudiera terminar, y yo adoraba escuchar la risa de papá. Siempre que estaba en casa, su risa lo llenaba todo, hacía que todo reviviera.

No quería pensar en eso, porque sabía a donde me llevaría, y no quería ir allí. Así que traté de obligarme, en cambio, a pensar en un viaje en tren en el que papá no hubiera estado. Quería sacarme a papá de la cabeza. No quería tener que recordar, no ahora, no otra vez. Pero los recuerdos de un viaje en tren con mamá llegaron en tropel, fuera de mi control y sin orden, como los recuerdos llegan con frecuencia, porque, supongo, los recuerdos siempre dan lugar a otros recuerdos y no pueden evitarlo.

Yo siempre quería que los viajes en tren duraran eternamente, especialmente este. Me gustaban los trenes, su traqueteo y su ritmo. Me encantaba poner la frente contra el frío del vidrio, y seguir una sola gota de lluvia con mi dedo mientras se deslizaba por la ventanilla. Miraba el paso vertiginoso de los campos, las vacas y los caballos dispersándose por la campiña,

las nubes de estorninos arremolinados en el viento, la formación de gansos, volando alto, hacia el sol del atardecer.

Y estaba atento a descubrir algún animal salvaje, zorros o conejos, o quizás hasta un ciervo. Poder ver a uno de estos animales era una maravilla para mí, el mejor momento de cualquier viaje en tren, porque raramente huían. Ellos simplemente me devolvían la mirada desde afuera, desde su mundo salvaje, tal vez interesados, pero para nada preocupados. Era como si trataran de decirme: no nos importa que estés aquí, siempre que estés de paso, mientras nos dejes en paz. Yo siempre deseé ser parte de su mundo. Para mí, ese cruce de miradas momentáneo nunca era suficiente, terminaba demasiado rápido.

Sin embargo, en este viaje en tren no había visto zorros, ni ciervos, ni siquiera un conejo, y eso porque no los había estado buscando. Mis pensamientos estaban en otro lugar. Yo no quería, pero así era. Todo lo que estaba ahí afuera no era más que un manchón de cielos grises y campos verdes, interrumpido por la monótona regularidad de los postes telefónicos que se sucedían infinitos. Nada de eso me interesaba. Quería que este viaje en tren fuera eterno, no porque lo estuviera disfrutando en lo absoluto, sino porque simplemente no quería ir adonde estaba yendo. No quería llegar.

Miré a mamá, sentada a mi lado, pero ella no me devolvió la mirada. Podía ver que estaba ensimismada en sus pensamientos, y yo los conocía bien, sabía que eran idénticos a los míos, y que era mejor no interrumpirlos. Lamenté otra vez haberle gritado durante el desayuno esa mañana. No debía haberlo hecho, pero había sido consecuencia de la conmoción, de lo imprevisto. Ella solo lo dijo, como salido de la nada, sin previo aviso:

—Nos vamos a casa, Will, tan pronto como haga las valijas. La abuela dice que nos llevará a la estación.

Traté de oponerme, pero ella no me escuchaba. Ahí fue cuando le grité, y salí a la carrera hacia el granero de heno, y me subí a lo más

alto de la parva. Allí me senté enojado, hasta que el abuelo vino y me encontró y me hizo bajar. Mamá estaba muy molesta, me dijo él, y no debíamos molestarla, no después de todo lo que había pasado. Él tenía razón, por supuesto. No había sido mi intención, pero había esperado tanto que nos quedáramos para la Navidad en la granja, con el abuelo y la abuela. Era la casa donde papá había crecido, el lugar en el que habíamos pasado todas las navidades de mi vida, estuviera papá de licencia en casa o no.

Pero para ser honesto, esa no era la única razón por la que le grité a mamá. La verdad es que la idea de volver a casa me asustaba, y además, sabía que mamá sentía lo mismo. Por eso, era un misterio total para mí que de pronto estuviera tan ansiosa por irse. Y había una cosa más que no podía entender. Antes de que me lo dijera en el desayuno esa mañana, ella ni siquiera lo había planteado antes. Solo me lo dijo. Eso no era propio de ella. Mamá siempre hablaba las cosas conmigo, siempre.

Después de todo, ¿no había sido ella la que, solo unas semanas antes, había insistido en que era una buena idea ir a quedarse con el abuelo y la abuela, alejarnos de casa y de los recuerdos y de los fantasmas? ¿No me había explicado mamá que ella pensaba que debíamos estar con el abuelo y la abuela en estos momentos? Porque, después de todo, ¿no estábamos pasando todos por lo mismo, y no sería bueno para nosotros estar juntos? Entonces, ¿por qué este repentino cambio de idea?

Con la mirada perdida en la ventanilla, trataba de encontrarle sentido a todo esto. Pensé entonces que, tal vez, había sido porque mamá se había cansado de la abuela. Era verdad que la abuela no era la persona más fácil del mundo para convivir. A ella le gustaba organizar, decirle a todo el mundo qué hacer, qué no hacer, inclusive qué pensar. Para la abuela las cosas tenían que ser como ella quería, y eso podía ser un poquito irritante a veces, y hasta fastidioso. Pero mamá me había dicho siempre que era la forma de ser de la abuela y que teníamos que aceptarla, como lo hacía el abuelo.